

tructivo y la vuelta a la normalidad Teniendo en cuenta que lo que provocó el momento de rebeldía era tan anormal como el motín mismo.—E. M. F.



«DICCIONARIO DE LA LITERATURA». de *Federico Carlos Sainz de Robles*. Tomos I, II y III. Editorial Aguilar. Madrid.

Siempre es grato que en este mundo literario que estamos viviendo—rutinario y monótono— donde hemos dado en llamar *libro* a cualquier cuadernito que apenas contiene un suspirillo en prosa o verso hecho en colaboración con el impresor—que es quien sabe distribuir muy bien los blancos y escoger tipos de letra propios para miopes—; siempre es grato, repetimos, encontrarnos con grandes empeños literarios, como éste que acaba de dar a la estampa Federico Sainz de Robles, de los tres tomos de su «Diccionario de la literatura». Sorpresa agradable que se convierta en satisfacción absoluta al comprobar que el empeño grande ha sido coronado por el éxito en toda la extensión pretendida.

La empresa distaba mucho de ser fácil, por cuanto es la primera de este tipo que se realiza en lengua castellana, y más aún por la amplitud—casi exhaustiva hasta el momento actual—que le ha dado su autor. Sin embargo, en un rasgo de generosidad—y de generosa en su totalidad podemos calificar esta obra, en la que se advierten constancia y trabajo, estudio y análisis a toda prueba— Sainz de Robles la subtitula «Ensayo», y hasta en su prólogo anota que debiera haberse titulado «Apuntes para un ensayo». No es-

tamos de acuerdo con el autor, pues consideramos, no que este «Diccionario de la literatura» sea ya inamovible e infalible en todos sus puntos, pero sí que la obra ha quedado terminada y completa en todos sus propósitos, excediendo en muchos de ellos lo que el título exigía.

Así, a través de su lectura, tanto en su tomo de «Términos y conceptos literarios», como en los otros dos— «Escritores españoles e hispanoamericanos», el II, y «Escritores extranjeros», el III—el trabajo de erudición y estudio llevado a cabo por Sainz de Robles, no es el trabajo típico del erudito, donde se recogen datos y fechas y se analiza de una manera fría el concepto de un movimiento o la obra de un autor, sino que por añadidura, Federico Carlos Sainz de Robles no ha querido, o más bien nos inclinamos a creer que no ha podido—porque cuando se es creador en ningún momento se puede prescindir de esta cualidad—dejar a un lado el buen escritor que en él hay; escritor, si se quiere, premeditadamente casticista y formalmente barroco, exuberante, pero de indudable vena creadora. De esta forma, toda su ingente labor de erudición toma calidades vivas y en su adentrarse analítico va poniendo el garbo de su prosa, y la crítica la inclina y la enfoca desde su sentido de los conceptos y los hechos literarios.

De igual manera excede la labor que el título de su obra exige, y vuelve a mostrárenos el escritor y el gusto particular del artista que hay en Sainz de Robles, cuando espiga en la maraña literaria para escoger ejemplario del concepto o movimiento literarios recién definido. No sólo busca aquel que más exactamente se ajuste al término analizado, sino que—poeta y escritor, artista siempre—elige el ejemplo que junto

a su exactitud y justeza reuna las condiciones de pureza y belleza poética o literaria. En esto también toma partido y va dándonos su sentido y su postura ante la literatura de todos los tiempos.

Y donde este exceso, en favor del lector, queda más patente, es en los tomos II y III; en ellos Federico Carlos Sainz de Robles, en lo que se refiere a los escritores de otras épocas y a los de la actual desaparecidos, hace verdaderas biografías, cuajadas de exaltación literaria y de entusiasmo por la vida y la obra de los autores que retrata. No se limita aquí a dar la ficha completa del autor, con su bibliografía, sus datos, sus fechas y la tendencia literaria de sus escritos, sino que revive literariamente su vida y la creación de su obra, llegando en algunos a darle una forma novelesca. Todo esto hace que el lector coja este «Diccionario de la Literatura», no como la obra técnica que es, sino como un tomo de amena lectura, que hace grato el momento que se tiene entre las manos.

No obstante, un *pero*, aunque insignificante—alguno tenía que haber—encontramos en el II tomo que, por otra parte, encontramos completísimo. Es éste el de ciertas atenciones y extensiones a escritores actuales que aún no han pasado de la categoría de problemáticas promesas, en tanto otros ya consagrados por su obra—y algunos de ellos desaparecidos—ocupan menos lugar y atención en sus páginas.

Claro que respecto a este defecto apuntado ya aclara el autor en su «Advertencia muy importante», que antecede al tomo aludido, que han sido muchos los escritores que no atendieron al llamamiento que la Editorial les hizo para que enviaran sus biografías. «El público—escribe en esta nota, con mucha gracia—tiene un erróneo concepto del literato español. Le juzga endiosa-

do, pedante, siempre insatisfecho de la gloria conseguida. ¡Concepto tan injusto como reprobable! En esta ocasión ha quedado patente que el literato español es sencillo, modesto, desinteresado». Naturalmente, esto nos aclara que esas extensas notas—varias de ellas rayanas en el autobombo—fueron las enviadas.

Termina este «Diccionario» recogiendo en su apéndice a los grandes periodistas; cosa muy justa, puesto que son muchos los buenos escritores que han dejado su obra en páginas de diarios y revistas, sin haber logrado verla reunida en tomo.—E. M. F.